

BESO

de ángel

Romance
corto

R.M. DE LOERA



Beso de ángel

Beso de ángel
Published by R.M. de Loera
© 2020 R. M. de Loera
Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las referencias a los acontecimientos, gente o lugares son usadas de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Facebook: [RMdeLoera](#)

Instagram: [RMdeLoera](#)

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Beso de ángel](#)

[Acerca de la autora](#)

A mis queridos lectores
¡Gracias por su apoyo!

—ME VOY.

Adrián frunció el ceño mientras su manzana de Adán subía y bajaba con brusquedad. Esos ojos azules pretendieron descifrarme, pero me obligué a permanecer con la postura correcta y mostrar impasibilidad en mi rostro. Intentó hablar en un par de ocasiones hasta que creí entender:

—¿Decidiste participar en ese concurso en Lerma?

En mis labios apareció una sonrisa incierta y asentí, pues no estaba segura de que mi voz fuera capaz de emitir sonido alguno. Ni siquiera sabía a dónde me dirigiría, porque solo había vivido en ese barrio los últimos ocho meses. Por mi trabajo, era una errante y no llamé hogar a ningún lugar hasta que llegué a Pinilla.

Él negó y creí ver que movió los labios a un lado como si mis acciones le desagradaran. Tuve que recordarme una y otra vez que la desilusionada era yo y que él no tenía ningún derecho a sentirse dolido. Incluso estaba segura de que solo era mi imaginación. Soltó el aire de golpe y añadió:

—Te deseo lo mejor, Sofía.

Pensé que diría algo más, pero metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los pies. Nos observamos en silencio y hasta se podría decir que estábamos paralizados. Éramos un mundo aparte del bullicio que había a nuestro alrededor. Era hora punta y el restaurante estaba lleno.

Me mordí el interior de las mejillas y desvié la mirada mientras un suspiro escapaba de mi garganta. El marco de su último encargo descansaba sobre mis piernas.

—¿Es esa mi pintura?

La primera obra que pinté para Adrián reflejaba el espíritu acogedor de su restaurante. Ahí todos eran bienvenidos... Y yo era una de ellos. A esa obra le siguieron muchas más. Tantas, que el lugar albergaba más pinturas de mi autoría que mesas. Y él encontró cómo colocarlas con buen gusto.

Me obligué a observarlo otra vez y volví a asentir, era extraño tener sentimientos tan encontrados. Existía cierta musicalidad en el chocar de las cucharas en los platos, el tintinear de las copas y la caída del vino en ellas. El restaurante se volvió mi inspiración, amaba estar ahí.

Adrián sacó una mano del bolsillo, la levantó y la acercó a mi rostro, seguro que tenía alguna mancha de pintura. Mas en esa ocasión me adelanté y pasé el dorso de la manga. Él dejó caer la mano como si acabara de perder la capacidad de sostenerla. Esos labios, que besé unos días antes, estaban apretados en una mueca.

Pedro, uno de los meseros, se acercó a nosotros. Era urgente que Adrián regresara a la cocina. Él levantó el mentón en señal de que lo había escuchado, por lo demás, permaneció inmóvil frente a mí. Necesitaba que se fuera, pues el escozor en mis ojos se tornó intolerable. Solo tenía que entregarle la llave de la habitación y marcharme. Después me permitiría liberar el cúmulo de emociones que me dominaban, era probable que lo hiciera en un cuadro no muy elegante.

—Tendrás tiempo para comer, ¿no?

Se giró sin permitirme responderle. En segundos, Martín, el *mâitre*, extendió la mano con la caballerosidad que sus años le aportaban. Pestañeé con rapidez, tenía la mente en blanco. No estaba segura de qué esperaba, pero no eran esas palabras. Me dejé llevar por los recuerdos y con pasos inseguros llegué a la mesa de siempre.

Observé el ir y venir del lugar. La maestría con que los camareros danzaban por el salón mientras Don Álvaro y Don Fermín hablaban de la bolsa de valores y unas mesas más allá unos turistas intentaban hacerse entender, aunque sus rostros delataban lo famélicos y sedientos que se sentían. En segundos, su mesa se llenó de panes y el más fino vino de la casa. Frente a mí, dos enamorados se susurraban palabras de amor entre risas y besos robados.

Apoyé la cabeza sobre mi mano y observé el exterior, no quería que se percataran de mis ojos humedecidos. Me dejaban esa mesa porque era la que ofrecía la mejor vista del salón y del río. Martín no permitía que nadie más la usara. Siempre decía: «No, no, no, esa es la mesa de mi dulce Sofía». Y es que Adrián cursaba la especialidad en repostería y yo jamás me negué a comer sus preparaciones. Según él, yo era su musa. Los postres más solicitados vieron la luz en los días en que estuve allí.

Extrañaría ese lugar idílico a las faldas del río Duero. Era una estructura diminuta con varios siglos de historia, una reliquia familiar. Adrián me permitía subir las angostas escaleras de caracol para llegar a lo más alto de la torre y observar el horizonte, la frontera entre el río y el barrio que me robó el corazón.

Le dediqué una sonrisa a Pedro cuando dejó una ensalada de rape sobre la mesa con una copa de vino rosado del que, en cuanto tocó mi lengua, percibí su frescura y el tono cítrico. Me relamí los labios por la opulencia en sabores. En cualquier otro momento, pensaría que Adrián pretendía retenerme al dedicarme sus mejores creaciones.

Todo el barrio comía allí. Adrián caminaba por los mercados a media mañana y compraba los productos más frescos, en cambio ellos lo visitaban a la hora de la comida. Era un engranaje que mantenía viva la economía del lugar. Allí se saludaba a las personas por su nombre.

Martín se encargó de dejar el bacalao con salsa de azafrán frente a mí junto con una copa de *sauvignon blanc*. Antes de que se retirara, extendí la mano temblorosa y le dije:

—No quiero postre.

Martín palideció y el murmullo de las mesas se evaporó. El corazón me retumbaba en el pecho, mi respiración se entrecortaba. Ya no había marcha atrás, ese era el final.

.. ❧ ..

LLEGUÉ A PINILLA POR un concurso de pintura en la calle y, aunque no gané, a Adrián le gustaron mis pinturas. Él vivía con un grupo de personas y me ofreció alojamiento, esa fue la razón por la que acepté vivir juntos. Solo sería una excéntrica más en esa familia que él construyó. Pero después de ocho meses, no existía una relación entre los dos, y ese era el problema. Porque cuando él llegaba del restaurante a las dos o las tres de la madrugada, se recostaba en mi cama, sus brazos me rodeaban por la cintura y de algún modo siempre encontraba la cálida piel de mi abdomen.

Los primeros días reía y lo echaba a la habitación contigua, aunque él nunca me prestó atención. A esa hora hablábamos de Gertrudis, que tenía un gallo que adoraba y nos regalaría su canto un par de horas después. Susurrábamos sobre Mateo y Pilar, una pareja madura de recién casados demasiado inquietos a la hora de hacer el amor.

Sin embargo, la noche anterior fue la primera vez que Adrián no vino junto a mí, y un pinchazo se apoderó de mi pecho como cuando una aguja encuentra tu piel sin querer. En la habitación contigua alguien más se dejó llevar por la pasión. Y eso que unos días antes yo le robé un beso... Era momento de partir.

.. ❧ ..

ME APRESURÉ CON EL bacalao, que era mi platillo favorito, y de un solo sorbo bebí el vino. Abrí el bolso sin poder contener el temblor de mis manos. Saqué veinte euros y me puse en pie. No tenía el valor para entregarle la llave en la mano y fingir que no sucedía nada.

Dejé el billete sobre la mesa, junto a la llave, y salí.

Caminé por las calles a modo de despedida. Al llegar frente a la bodega le dije adiós a Gertrudis y Pilar, sin embargo, debieron pensar que las saludaba porque se acercaron y plantaron

dos besos en mis mejillas. Pilar me sostuvo entre sus brazos y frunció el ceño. Ella y Mateo solían aconsejarnos.

—Qué mala pinta tienes. ¿Acaso Mateo y yo nos excedimos anoche?

Observé a una y luego a la otra con los ojos entrecerrados, ladeé la cabeza y mis labios formaron una mueca.

»Junto a tu habitación.

—Ahí duerme Adrián. —Mi voz era apenas un susurro.

Pilar asintió como si yo debiera saber que:

—Dejó una nota, se fue a su viaje anual de pesca.

Repetí el gesto y señalé calle arriba.

—Adrián está en el restaurante.

Pilar tartamudeó mientras su piel se tornó de un carmín preocupante y comenzó a caminar de espaldas. Entonces se giró y partió en la dirección contraria.

Abrí la boca y la cerré. Una risita burbujeó de la garganta de Gertrudis quien me dio unas palmaditas en el hombro.

—Quema las sábanas, comprad una cerradura e intercambiad llaves. —Me guiñó un ojo y regresó a la bodega.

Solté el aire de golpe y por un segundo fui incapaz de moverme. Mas la euforia que bulló en mi interior me obligó a girar y correr. No obstante, Adrián se dirigía a mí como un río fuera de su cauce. Con el impulso me levantó entre sus brazos, a pesar de su semblante pétreo.

—Te llevaré a Lerma, esperaré por ti.

Contuve el aliento ante la certeza en su voz y un hormiguelo dulce me recorrió. Una incipiente sonrisa curvó mis labios y me sentí liviana. Me pareció que la calle reverdecía, que el cielo se tornaba rosa y anaranjado con unos toques de amarillo, y que su restaurante se convertía en una fortaleza cubierta de flores. Las cosquillas en mis dedos eran prueba inequívoca de mi deseo por capturar ese momento con mis pinces.

Me soltó con suavidad hasta asegurarse de que no perdería el equilibrio y corrí, los comensales estaban fuera sin perderse cada uno de nuestros movimientos. Adrián no tardó en tomarme entre sus brazos una vez más. En mi garganta sonó una carcajada efervescente. Nuestros ojos se encontraron y reconocí el resplandor en su mirada, pues debía ser un espejo de la mía.

—No comí postre. —Levanté las manos y enredé los dedos en su cabello.

Me entrecerró en sus brazos como para demostrarme que él nunca me dejaría escapar y una chispa tímida calentó mi corazón. Quizás podría soñar con un futuro juntos.

Aunque caminaba de espaldas, sabía que nos dirigiáramos al restaurante, si bien no existía nada a mi alrededor, solo la intensidad que reflejaban sus ojos.

—Te espera en tu mesa.

Cubrí mi rostro con las manos en un intento por detener el calor en él. Adrián me dedicó una sonrisa ladeada y pícaro.

»Una creación inspirada en el beso de un ángel.



Acerca de la autora

R.M. de Loera es de Puerto Rico. Vive con su esposo, su familia y un pequeño pez en San Juan, donde los cuida mientras crea obras de ficción.

R.M. ha tomado varios cursos de escritura a lo largo de los años y lleva a cabo investigaciones minuciosas sobre sus temas con el fin de producir un trabajo de calidad y mejorar sus habilidades con cada libro que escribe. En la actualidad cuenta con 10 libros y 5 relatos publicados. Además, su trabajo aparece en varias antologías.

Sus libros se desarrollan en el género romántico, entretejidos con las ciencias sociales. Sus protagonistas se ocupan de una variedad de desafíos, incluyendo problemas de salud mental, racismo, odio religioso o discapacidades. Todo mientras encuentran el amor.

En su tiempo libre R.M. es una ávida lectora y pasa largas horas investigando. También le encanta hornear panes y hacer deliciosos postres para ocasiones especiales. Disfruta del período navideño y, en esa época, se consiente con las películas de Hallmark.

Puede ponerse en contacto o seguir a R.M. de Loera en:

